

## **Título: *RECUERDOS DE TRI***

### **SEUDÓNIMO: *La del manojito de rosas***

Ella salió del útero materno pocos minutos después de su hermana..., eran ambas tan pequeñas que no las metieron en una cuna, sino en una caja de cartón del tamaño de zapatos. En ella, algodón de farmacia a modo de colchón. Mi abuela me lo contó miles de veces: Las pusieron en esa caja para que se diesen calor una a la otra. Rosa, la melliza, murió a los cuatro años. Habían nacido el 19 de septiembre de 1921, un año y cuatro días después de haber nacido su hermana mayor, mi madre.

Mi madre y mi tía vivieron siempre juntas, incluso cuando mi madre se casó. Así que yo viví también con ella. Las dos tuvieron una relación fraternal espléndida, generosa, cuidadosa... Tuve mucha suerte desde el mismo momento en que nací, porque ese mismo día ya su noble relación estaba consolidada. Y, así, tuve la inmensa felicidad de tener dos madres y un padre, y de su relación aprendí mucho.

Sigo cada día cultivando todos los valores que me enseñaron.

Mi tía Tri no pudo ir al colegio por una enfermedad de los ojos. En su niñez, tuvo úlceras en las córneas durante muchos años, no sé cuál era la causa, pero le dañó de manera grave la visión de los dos ojos. No supe nunca cómo se llamaba esa dolencia, pero ya cuando yo iba con ella al oftalmólogo, él me lo explicaba con una metáfora: "Imagínate que tiene los ojos abiertos y alguien le tira un puñado de arena a esos ojos y que, además, se van a quedar allí para siempre. Así ve tu tía desde pequeña". Tenía cientos y cientos o miles de puntos negros en cada ojo por los que no veía. Veía por donde no había "arena". Me dolía esa metáfora, me resultaba muy agresiva, así que quise pensar que veía como si tuviera delante de los ojos un colador y, así, cambié la arena por los agujeritos de un colador de acero inoxidable.... Ella no protestaba... Seguro que, de forma natural, ella sedujo a sus ojos con muchos halagos y quizá algunas mentirijillas... ("Anda, chiquitín, que tú puedes...", le

diría a un ojo...; y después, le diría lo mismo al otro). Y lo logró para todo lo que ella quiso. Viajaba, leía, escribía, cosía, hacía punto...

Aprendí con ella a asumir las vicisitudes que da la vida —esa alternativa de sucesos prósperos y adversos—, sin llevarse las manos a la cabeza.

Aprendió a leer en casa. Supongo que fue su madre la que la enseñó. O, quizá, su hermana... Y supo escribir, desde luego, con buena sintaxis y una expresión coherente, ordenada y agradable de leer, y con unas grafías que para mí yo hubiera querido. No llegó a aprender la división de forma convencional..., pero dividía. Y lo hacía bien en el mismo tiempo en que yo hacía esa operación.

Conservo todos sus papeles, ordenados, tal como ella los dejó —era muy ordenada (la llamábamos "miss archivo")—, y los querría conmigo hasta que deje de ser..., pero he decidido, que antes de sucumbir yo, voy a dárselo a un familiar mucho más joven que yo —no quiero especificar el nombre ni el vínculo familiar, porque no sé si le gustaría ser nombrado en un relato para un concurso—, pero tuvieron un lazo entre ellos especial, una unión inabarcable entre ellos, muy conmovedora, desde luego, y también para los que lo veíamos. Enternecedor. Fue él, muchos años atrás, el que le puso un nuevo nombre: Tri. No sé qué quiso decir con esa sílaba —en el jerga de logopedia se llama "sinfón"—, pero a nadie le pareció rara... Todos acogimos ese nombre con normalidad, incluso ella, como si le hubiesen puesto ese nombre en la pila bautismal.

Tri tuvo muchos pretendientes, pero no quiso ese vínculo. Posiblemente porque no le dio la gana perder su libertad.

Ella era bajita —más bien, pequeñita—, delgada, guapa, elegante, trabajadora, hiperactiva, simpática, presumida..., pero lo mejor que tenía era su bondad, su ternura, su cariño, su humanidad, su sensibilidad, su compasión... Era amigable, amorosa, habladora, algo tímida con los hombres, quizá también temerosa de ellos, pero cuando hacía falta se enfrentaba a ellos...; así que era temerosa y valiente... En dos ocasiones distintas, paseando con ella, vimos en

la calle a dos hombres desconocidos, dos ogros brutales, que estaban pegando a una mujer, no sé si eran "las suyas"... Tri, con un metro y 48 centímetros y 45 kilos, fue donde el primero y le gritó, "¡oye, habla, pero de pegar nada!". Y en la otra ocasión se metió entre los dos para que dejase de pegarla. Aquellos dos hombres se quedaron uno atónito y el otro pasmado... Ella fue muy aguerrida esos dos días... (siempre lo era y nunca fue agresiva), pudo ir a la troposfera doce kilómetros por el aire o hasta la estratosfera, a manos o a patadas por aquellos energúmenos. Ambos dejaron de pegarlas.

Quién sabe lo que pasó después en sus casas...

Leyó cada día. Prensa, libros... Tengo el recuerdo encantador de las dos hermanas desayunando juntas por las mañanas y leyendo el periódico en alta voz una a la otra, una u otra...: "mira lo que dice aquí..." o "dice así...". Ese soniquete nos despertaban cada día a mis hermanas y a mí. Y era maravilloso oírlo, porque solamente por oírlos leyendo, sentía que todo iba a ir bien. Mi padre desayunaba antes, trabajaba muchas horas cada día, salía muy pronto y no llegaba hasta la noche. Los tres trabajaron mucho para que nosotras fuéramos personas educadas y que estudiásemos para que tuviésemos una vida menos aperreada como llevaron ellos. Mis hermanas y yo estamos muy agradecidos a ellos.

Tri y mi madre cantaban a dúo romanzas de zarzuelas. ¡No sé de dónde encontraban tiempo para cantar...! Bueno..., sí lo sé..., cantaban mientras que una de ellas planchaba y la otra cosía; cantaban mientras una pelaba patatas para cenar tortilla y la otra escogía lentejas para comer al día siguiente; cantaban mientras nos hacían las trenzas... Cantaban porque querían hacerlo.

Y aprendí a que no hay que esperar sentado, sin esperar que algo que se quiere no ha de cumplirse muy tarde o nunca.

Tri trabajó toda la vida de dependiente en el centro de Santander, siempre en la misma calle —una calle muy pequeña—. Era muy buena vendiendo, se presentaba con exquisito al comprador, le trataba bien y no engañaba a nadie a la hora de vender. Tanto si el cliente quería un lápiz o una goma de

borrar, unas chancas, un abrigo de visón o una sortija de diamantes. Y, por eso, la gente volvía. Y también por eso, los dueños de las tiendas se la rifaban. De una papelería fue a una mercería; de la mercería, a una zapatería; después de la zapatería estuvo en una joyería... Y en esos cambios siempre ganaba un poco más dinero. Ya digo, se la rifaban. Donde ella estaba trabajando había más compras.

Aprendí que el trabajo era cuestión de trabajo, desde luego, y lógicamente, eficaz; pero ha de ser con verdad y delicadeza, (Soy consciente de que las condiciones de muchísimos millones de personas no permiten ni verdad ni delicadeza si el cometido es para sustentarse y sustentar a los suyos. Desgraciadamente. Yo tuve suerte).

Pero no únicamente trabajó en tiendas... ¡Qué va! Nos hacía vestidos a las niñas y chaquetas de punto, cambiaba los grifos como cualquier fontanero..., pintaba las paredes como el mejor pintor, desatascaba cualquier cosa, arreglaba la plancha como un electricista, y usaba el martillo, la tenaza, el destornillador, el alicate, la llave inglesa, la sierra... como un carpintero.  
¡¡¡Y Tri nos llevaba a la playa los domingos!!!

También cosía para otras personas, junto con mi madre, ¡mucho cosieron las dos para llevar a casa dinero...! Éramos unos cuantos y hacía falta ese dinero. Lo único que Tri no hizo era cocinar... Solamente hacía tortilla francesa y preparar un colocao. Nada más. Pero mi madre cocinaba muy bien, y cuando mi padre se jubiló, él empezó a cocinar y supo hacerlo con mucha gracia.

Nos contaba cuentos de un niño que se llamaba Viruta, que supongo que lo inventó ella...; quizá usó ese nombre porque su padre fue carpintero —ahora hay un cuento editado que se llama con la misma palabra—. ¡Y nos acogía en su cama para contarnos ese cuento y otros...! A veces las hermanas reñíamos por dormir con ella a su calor, tan amoroso. Yo me sentía protegida, amparada... a su lado. ¡¡Cómo era esa acogida...!!, me sentía que nada malo podría pasar al lado de Tri. Y con el plus del cuento; si

bien, ella se dormía antes de acabar el relato, pero no importaba. Nunca supe qué pasó con *Viruta*.

He sido docente 45 años. He contado cuentos cada día con placer por el vínculo que se crea entre el mayor y el impúber, que —entre otras muchas cosas buenas— facilita el aprendizaje del lenguaje, que nos hace humanos, tan importante; porque desarrollan imaginación...; por muchas cosas más... Y porque una vez que has contado un libro a una criatura o te lo pide otra vez o te pide otro.

Mi primer cuento fue el de *Viruta*, y aprendí con él lo que importante es que te cuenten cuentos.

Tri hacía de todo y solucionaba cualquier cosa sin quejarse de nada. Es más, le gustaba, no podía estar sin hacer nada, y todo lo que hacía lo hacía con amor. ¡Así deberíamos ser todos...! Nunca se enfadaba. Solamente se "jamada", "¡Tengo una jamancia...!", decía. Pero enseguida se le pasaba. ¡Era tan buena...! Todos los familiares y amigos cercanos la quisimos muchísimo, era una persona especial, todos los sabíamos... Los que estuvimos muy cerca de ella no podremos olvidarla nunca, pero otras tantas gentes a las que ya nosotras no conocemos, también la apreciaban, también la quisieron. Se lo mereció. Todavía a veces nos paran por la calle personas que no conocemos y nos preguntan si somos sobrina de ella... Y entonces nos hablan..., y nos cuentan anécdotas que no conocíamos. Y enseguida corremos a decirnos unas a las otras: "Me he encontrado con una señora en la calle a la que no conocía y me paró para preguntarme si era yo sobrina de Tri y me contó una anécdota que os contaré, pero no por teléfono... ¡Reunión de hermanas para saborear esa anécdota!

No le gustaba discutir, pero tomaba sus decisiones y se salía con la suya. En una ocasión, estábamos con ella comprando un vestido para una boda. Quería un vestido con brillantitos en el corpiño. Pero una de las hermanas no le gustaban esos brillos. La tía decía que sí, y la sobrina decía que no. Tri cedió y acabó por comprar uno que le gustaba, pero menos. No quiso discutir. Siempre lo eludía. Un mes después, fuimos a su casa para ir juntas



al evento. Salió del portal con el vestido que compró..., pero... ¡había comprado brillantitos y los había cosido, uno a uno, donde ella los quiso! Evitó con astucia esa dificultad. Ahora se van brillantitos hasta en las zapatillas.

Ese día aprendí lo que es la asertividad y que hay que usarla.

Hiperactiva que era, estaba siempre haciendo algo. Y tenía muy buenas ideas. En realidad, todas sus ideas eran buenas. Un día me dijo que iba a hacer vestiditos de muñecos para que mis alumnos aprendiesen jugando los colores, los tamaños, la diferencia de tirantes y de mangas, las telas de un color, de flores, de cuadros, de rayas... Se puso a ello e implicó a su íntima amiga, algo mayor que ella... Trabajaron mucho y disfrutaron haciéndolo... Después quiso hacer ella misma un armario de madera para poner los vestiditos para mi colegio. Ya tenía más de 90 años entonces, y pensé que era mejor que no lo hiciera. Se "jamó", pero era muy rápida pensando y enseguida tuvo otra idea: "Vale, no lo hago yo, pero lo diseño". Y así fue. Hasta puso un espejo... Mis alumnos pequeños aprendieron a comprar y a vender, a pedir un vestido con tirantes; a otro de manga larga y de qué color, a pedir un vestido de cuadros y después un vestido de cuadros grandes y otro de cuadros pequeños; aprendieron a comprar un vestido que tuviese cuadros grandes y también pequeños; aprendieron que un vestido grande valía más que uno pequeño; a pagar, a cobrar, a dar la vuelta... Hizo unos 50 vestidos. Y muchas cosas más: hizo calcetines pequeños, patucos con ganchillo, baberos...

(Al final de este texto dejaré unas pocas fotos).

Mi madre murió un lunes a las diez de la mañana en un día de marzo muchos años antes que Tri. Mi padre ya había muerto y las hijas habíamos volado de la casa que fue siempre de todos. Yo estuve el domingo por la tarde en su casa con las dos. Un poco antes de ir, estuve tomando un café con una amiga, y cuando ya nos despedimos le dije que iba a ir a mi madre, y me dijo: "Sí, ya, a verla...¡Vas a por la tetada!". En unas horas la perdí. La perdimos. Era muy joven para morir. Era muy buena para morir tan pronto. Era muy inteligente para morir tan pronto. Trabajó mucho, ¡mucho!, para que pusiésemos estudiar, para que pusiésemos comer bien, para que fuésemos buenas personas..., ¡No

sé cómo mi madre pudo trabajar tanto para nosotras...! Con siete embarazados, su madre y su tía en casa —ya mayores y delicadas de salud— y que vivieron mucho tiempo con nosotras. Iba cada día a la plaza de la Esperanza a comprar, arreglaba la casa, cocinaba, cosía y otras muchas cosas que hacía... No sé cómo pudo trabajar tanto... Bueno..., lo sé muy bien: sin su hermana en casa, posiblemente hubiese llegado al término de su vida mucho antes. Me siento sinceramente en deuda con ellas por todo lo que hicieron para nosotras. Pero el tiempo no va nunca para atrás... Tengo que seguir viviendo con esa deuda que no puedo pagar.

Ese día, sus hijas estábamos ya trabajando, ella se levantó de la cama, cayó al suelo y se plegó como un acordeón. La llevaron a Valdecilla... Pero ya solamente la vimos en el ataúd... Tri, que iba a misa cada día, aquel día renegó, y decía en alto que Dios se había confundido, que era ella misma la que debió morir para que su hermana siguiera viviendo.

Tri estuvo enferma 3 meses cuando tenía 93 años. Murió un 6 de diciembre y el funeral fue el día 7, en la Catedral a las 8 de la tarde, en un día de frío inclemente y lluvia impía constante que parecía hasta las nubes lloraban por ella... Aquel edificio se llenó de gente, todos los bancos llenos y los pasillos rebosados. Cuando el sacerdote salió se puso al micrófono: "Cuando una iglesia está así de gente, es que ha muerto alguien conocido o una persona importante". Y leyó en alta voz el nombre y apellidos de Tri... y dijo: "Yo no conozco a esta persona, no era conocida. Fue una persona importante..., tal como está esto..., sí, esta mujer fue muy importante". Allí lloramos todos, hasta personas a las que no conocíamos ni de nombre.

Mi madre había muerto muchos años antes, y decidimos que Tri se quedase en el mismo nicho de su hermana... Era lo lógico, tenía que ser así, siempre estuvieron juntas, salvo los años que mi madre estuvo esperándola. ¡Seguro que la esperaba en su ataúd sin prisa y con paciencia! Aun sabiendo que la muerte es, eso, muerte (cuando ya no eres), sigue estando en el corazón de las personas a las que la amaban..., y las imagino hasta la eternidad leyendo el

periódico la una a la otra cada mañana, "mira lo que dice aquí...!", o "dice así...".

Así de generosa fui Tri. Desde luego, quisimos y seguimos queriendo a nuestros padres hasta el infinito —como se quiere a los muertos que fueron buenos en vida—, porque se lo merecían, sin duda, pero este relato habla de Tri. Y ésta estará, sin duda, en el cielo —que se suele decir—, pero desde luego sigue en la tierra, donde todos los que la conocieron seguimos queriéndola. Seguimos hablando de ella. Han pasado unos años, pero todos los días hablamos de esa persona extraordinaria. En 93 años de vida, solamente tuvo una "maldad"... Alguna vez, hacía un ratón con tela o con ganchillo y lo ataba a un hilo largo. ¡Quería tirar del hilo para asustar a las otras personas, especialmente, a los que temían a los ratones!

Nadie habrá con una tía como la que tuvimos sus sobrinos y sus resobrinos. Fue única. Y eso es lo que hace que pensemos de ella, que hablamos de ella, por eso he escrito esto.

Tuvimos una tía que... ¡fue única! Y eso es lo que hace que pensemos de ella constantemente y sin dolor; que hablamos de ella con placer; y que yo hoy haya podido escribir de ella con goce, con alegría... Porque sé que estará en el cielo —¡seguro!, ¿dónde, si no?—, haciendo ratonines para asustar a sus amigos ángeles...



